

ABEL HERNÁNDEZ

Historias de la Alcarama



ÍNDICE

Prólogo a la presente edición, 7

Nota de Julio Llamazares, 15

1. Había una vez un pueblo, 17

2. Como un río de sangre, 21

3. La casa (I), 25

4. La casa (II), 29

5. Oficio de difuntos, 33

6. La barbería del Cirilo, 37

7. Otoño en Sarnago, 40

8. La escuela, 44

9. El amor de los abuelos, 49

10. Historias de la guerra, 53

11. Cuento de Navidad, 58

12. Las noches de invierno, 63

13. El trasnocho, 67

14. La matanza, 71

15. Las barbas del invierno, 75

16. Las cenizas de Montse, 79

17. Fotografía de Valtajeros, 82

18. Aquellas primaveras, 86
19. ¡Que vienen los delegados!, 90
20. En busca del tesoro, 94
21. El lenguaje de las campanas, 98
22. La pobre mesa, la frugal comida, 102
23. Tiempo de silencio, 106
24. El esquilo, 110
25. El caso de la pastora de la torre, 114
26. La fiesta, 118
27. Las m3ndidas, 123
28. El d3a que quise coger el sol, 127
29. La cosecha, 131
30. El capador franc3s, 136
31. La caza, 140
32. Por caminos de herradura, 145
33. Historias de Castillejo, 150
34. Las fuesas, Valdelavilla y El Vallejo, 154
35. Camino de La Ventosa, 157
36. Retratos de familia, 162
37. Los lunes, mercado, 166
38. De Buimanco a Villarijo, 171
39. El ciclo de la vida y de la muerte, 175
40. Aurelio, el 3ltimo vecino, 179

Glosario, 185

PRÓLOGO

AQUÍ TIENES, LECTOR, *Historias de la Alcarama* como vino al mundo en 2008, lo mismo que una rosa mojada por la lluvia, sin cambiar nada por dentro, pero con nuevo ropaje para estos tiempos que corren. El libro, agotadas las existencias en Gadir, parecía destinado a sobrevivir de mala manera, buscado inútilmente por almas curiosas o cándidas o cubierto de polvo en un rincón de la biblioteca familiar, hasta perderse en el olvido. Pero ha ocurrido el machadiano milagro de la primavera, que sobreviene, como se sabe, a los árboles y de vez en cuando a los libros. Pepitas, la reconocida editorial de Julián Lacalle, ha tenido el gusto o el valor de reeditarlo.

Historias de la Alcarama fue mi primera incursión en el campo de la creación literaria propiamente tal. Siguiéron *El caballo de cartón*, Premio de la Crítica, y *Leyendas de la Alcarama*. Es un libro cargado de sentimiento y, hasta donde es lícito presumir, de autenticidad. El centro del relato es Sarnago, el pueblo donde nací, en las Tierras Altas de Soria, lindando con La Rioja, convertidas en un cementerio de pueblos y en un desierto demográfico. El problema de la despoblación aparece aquí en toda su crudeza antes de que, años después, fuera poniéndose de moda y aprovechada por vividores y oportunistas. Es la crónica de un tiempo y una forma de vida que no volverán. Se recogen en sus páginas los despojos de esa cultura rural milenaria que desaparece. Desfilan por el libro los personajes más peculiares y variopintos de una época y un lugar desconocidos para la mayoría.

Aunque el relato se desarrolla en un escenario determinado, he procurado que trascendiera los localismos. Me ha servido de orientación la idea de Miguel Torga, que aparece en el frontispicio de la obra: «Universal es lo local sin paredes». De hecho, la acogida al libro ha sido abrumadora y dispersa. Gentes de toda condición y de los más distintos lugares y pelajes se sintieron concernidas. Me consta que más de un anciano reanudó con *Historias de la Alcarama* la lectura de un libro, algo que no había vuelto a ver ni por el forro desde la escuela. No faltó el caso del hombre, con un pie en el estribo, cuyo mayor consuelo antes de morir fue que le leyeran al caer la tarde un capítulo tras otro de este libro. Y me sé de más de uno que, tras leer estas historias, emprendió el camino y se presentó en Sarnago para conocer de cerca el escenario. El sentimiento no disimulado y el amor a la tierra que recorren la obra contagian, según parece, al lector, que llega a emocionarse. Con eso el autor se da por bien pagado, más que por ser finalista del Premio de la Crítica en Castilla y León.

El libro está concebido como una serie de cartas a Sara, mi hija pequeña, a la que le cuento de dónde venimos y lo que va de ayer a hoy. La obra bien pudo llamarse «Cartas a Sara». En realidad, salió a la luz gracias al impulso de la familia. En las sobremesas me empujaban todos a que pusiera por escrito lo que les contaba de mi pueblo y de mi infancia. Les parecían relatos fantásticos que a la fuerza tenían que excitar la curiosidad del lector de hoy. Llegaron a regalarme, por Reyes y cumpleaños, cuadernos tentadores para que fuera tomando notas y libros de narradores de peso, que estaban en sintonía, según decían, con mis historias. Y así fui leyendo, entre otros, los *Cuentos de la montaña* de Miguel Torga, *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares, *Cristo se detuvo en Éboli* de Carlo Levi o *Estambul* de Orhan Pamuk, y de todos recibí inspiración y estímulo.

Desde la primera edición de *Historias de la Alcarama* hasta hoy han ocurrido algunas cosas en Sarnago: ha subido el pinar, han arreglado el camino de San Pedro, sigue derrumbada la iglesia, han

traído el agua a las casas, hay wifi en la escuela, se ven más casas habitables, se han empadronado en el pueblo unos cuantos vecinos, se mantiene la fiesta de San Bartolomé con las mójidas y el mozo del ramo, la Asociación multiplica sus actividades culturales, la casa donde nací sigue cerrada, en la fachada que da a la plaza han puesto una placa con mis libros, ha muerto mi hermano, lo que me deja casi sin referencias, y últimamente el paisaje se ve gravemente amenazado por parques eólicos.

Sueño con que esta segunda salida de *Historias de la Alcarma*, en Pepitas, ayude a comprender el drama del mundo rural y, si es posible, a amar esta tierra de donde vengo.

«Universal es lo local sin paredes».

MIGUEL TORGA

LA PRIMERA VEZ QUE entré en un pueblo abandonado fue en Sarnago. Recuerdo que el sol estaba ya ocultándose. El horizonte era un inmenso borbotón de sangre y una luz roja y desgarrada se arrastraba lentamente por los cristales y los tejados de las casas. Durante largo rato, mientras las sombras acercaban por los montes aquella noche de San Juan inolvidable y mágica, recorrí una por una las casas de Sarnago, las cuadras invadidas por las zarzas, la vieja iglesia hundida bajo el peso de su propio desamparo. Vi los bancos roídos por la muerte, los arados podridos, los muebles carcomidos por la herrumbre y la tristeza. Vi el óxido y la hiedra adueñarse poco a poco del corazón y la memoria de las cosas. Y mientras recorría las cocinas y las habitaciones solitarias —madrigueras ahora de los zorros, los fantasmas y los pájaros— pensé en sus antiguos habitantes y, sobre todo, en aquel que un día quedaría completamente solo en medio del olvido y de la muerte. Desde aquel día he vuelto muchas veces a Sarnago. Ningún lugar me ha impresionado tanto, ninguno ha entrado en mi corazón y en mi mirada como aquella imagen primigenia de Sarnago una tarde de junio, teñida ya por el misterio y por la magia de la noche del solsticio de verano.

JULIO LLAMAZARES

HABÍA UNA VEZ UN PUEBLO

HABÍA UNA VEZ UN pueblo situado entre montes en un lugar privilegiado, desde el que se dominaban veinte kilómetros a la redonda. En cada una de las cuatro entradas del pueblo había una cruz coincidiendo con los cuatro puntos cardinales. Al norte, la Cruz del Cerro; al sur, la Cruz del Vallejo; al este, la Cruz de Valdenegrillos, y al oeste, la Cruz de la Villa. Hacía mucho tiempo que las cruces habían desaparecido, pero los cuatro puntos seguían llamándose así. Y no me extrañaría nada que el pueblo estuviera guardado por cuatro ángeles. Las almas de los muertos y los animales convivían en buena armonía con los seres humanos vivos. Cada alma disponía de una vela encendida en el lucernario de la iglesia, además de un año de luto riguroso, y cada animal ocupaba dentro de la casa el lugar que le correspondía. Ese era el orden establecido que se cumplía rigurosamente aunque no figurara escrito en ningún sitio. Hasta donde se me alcanza, lo mismo ocurría en los demás pueblos de la comarca; pero fuera por lo que fuere, Sarnago ejercía para todos los que se acercaban a él y no solo para nosotros, los nativos, un atractivo especial.

La llegada normal al pueblo es por el camino de San Pedro, que deja a trasmano las ruinas templarias de San Pedro el Viejo y discurre por la falda de la solana que corona el cerro del Castillo, por unas tierras calizas, entre piezas de cultivo, ribazos con aulagas

y lomas peladas. Las casas aparecen por sorpresa, en la última revuelta del camino, justamente en la Cruz de la Villa, donde todavía permanecen en pie unos corrales de ganado. El pueblo se extiende sobre el promontorio de una suave ladera, con la Serrezuela y la Alcarama al fondo. Una lanzada de árboles sube por el barranco hasta las ruinas de las primeras casas, atraviesa las herrañes separadas por rústicas paredes de piedra y dulcifica, junto con las manchas de pinos nuevos, el paisaje mineral del camino. Impresiona la visión, en el centro de la parte superior del poblado, de la espadaña de la iglesia tronchada como un árbol viejo después de la tormenta.

Este misterioso atractivo de Sarnago entre gentes de toda condición no solo no ha disminuido con la muerte del pueblo, sino que ha ido en aumento, como si san Bartolomé, el patrón del pueblo y de los caballeros templarios, no se resignara a permanecer recluido en un cuartucho. Una poderosa fuerza interior me ha obligado a mí mismo a recuperar la memoria de mi infancia y confiarte a ti, Sara, estas historias, en las que pretendo reflejar lo que va de ayer a hoy. Me dio la idea de escribirte estas cartas el intercambio casi diario de sms el pasado verano entre tu móvil y el mío cuando, para celebrar tus dieciocho años, te fuiste con tus amigas a recorrer en Interrail Italia y Grecia. Ya no es una niña —pensé—, se ha hecho mayor y me comprenderá. Me tranquilizaste cuando supe que habíais llegado sanas y salvas a la estación de Bérgamo, me alegré de la buena acogida en San Gimignano, sentí mucho que se te rompiera la lenteja en Roma, te acompañé con la imaginación por Padua, Venecia y Florencia; me entusiasmé en Pompeya, subí contigo a la Acrópolis de Atenas, probé a tu lado la musaka y el kebab, adiviné vuestros malos ratos en Grecia y descansé junto al mar en la isla de Mikonos.

Lo que te propongo es hacer conmigo un viaje al pasado. La vida se puede vivir hacia delante, pero, como dijo Kierkegaard, solo se entiende hacia atrás.

En esta memoria de mi infancia quiero recoger los despojos de una civilización que moldeó mi vida, con la esperanza de que tal

civilización —rural, primitiva, extrañamente humana— no quede muerta y sepultada para siempre. El hoy y el ayer se irán entrelazando con la misma contradicción e intensidad que lo hacen el amor y la muerte.

El centro de esta historia será Sarnago, el pueblo en que nací, hoy despoblado, al pie de la sierra de la Alcarama, en las Tierras Altas de Soria, donde Castilla pierde su nombre y se convierte en una ruina, víctima del abandono y de la fatalidad. Esta comarca es el mayor desierto demográfico de Europa con dos habitantes por kilómetro cuadrado, menos que el Sáhara. Entre las ruinas, la soledad y el silencio sepulcral, escucho desde el balcón de mi casa al corro de los muertos —mozos y mozas— girando en la plaza sin fin, en una dirección y en la contraria:

En este pueblo
todos cantamos,
todos bailamos,
y así entonamos
esta canción:
rin, ron.

Pero empecemos la historia desde el principio.

El día que nací nevaba y los españoles estaban en guerra. Atendió el parto don Higinio, el médico, que subió al galope desde San Pedro Manrique, avisado por el tío Co, que a punto estuvo de reventar el caballo con la urgencia. Nací en la casa de la plaza, en el cuarto grande del reloj, a la luz de un candil. Desde entonces tengo miedo a la oscuridad. En mi pueblo no había luz eléctrica, ni cuarto de baño, ni agua corriente. Tampoco había radio, ni televisión, ni cine, ni música, ni ordenadores, ni teléfono, ni móviles, ni internet... ¡Nada! A pesar de todo, te adelanto que éramos felices a nuestra manera y, personalmente, tengo un buen recuerdo de mi infancia.

Recuperaré el nombre de las cosas, te contaré viejas historias, reviviremos juntos costumbres olvidadas, salvaremos lo que queda

COMO UN RÍO DE SANGRE

EL BALCÓN DE LA casa donde nació, y que recorreremos despacio otro día, da a la plaza y estuvo poblado de geranios y clavelinas. Enfrente estaban la casa de concejo y la escuela. En la plaza olía siempre a pan. A la izquierda, en una esquina del corral de la plaza que da a las eras, cerca del bardal, humeaba el horno de la tía Milagros, que llamábamos «la amasadería». Su marido, el tío Casimiro, era el alcalde. Un día llegó a la plaza agitando el periódico, visiblemente nervioso, y se acercó al maestro con cara de susto, que a mí me impresionó.

—¡Mire, mire, don Joaquín. Han tirado la bomba atómica!

El periódico era del día anterior, porque el correo llegaba al pueblo con un día de retraso. Yo estaba cerca de ellos jugando en la plaza y así me enteré, aunque fuera dos días después de que ocurriera, del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima. Nunca he olvidado aquel momento de mi infancia del que fui testigo asombrado y que me descubrió el mal de repente.

Pero lo que quería decirte, Sara, es que vengo de muy lejos. Esto es como un río de sangre que ha llegado hasta ti y que no se detiene. A veces tengo la sensación de que he nacido en el siglo XIX y me he plantado de un salto en el siglo XXI. O, más aún, como si hubiera nacido en el siglo XVII, cuando Cervantes escribió el *Quijote*. De hecho, la casa donde nació, y que se mantiene milagrosamen-

te en pie, es del siglo XVII. Desde el balcón se divisa un panorama de más de cuatro leguas a la redonda: la sierra de Oncala, el Lute-ro, Navabellida, La Ventosa, Huérteles... y, enfrente, coronando La Mata y las piezas del Collado, el cerro pelado del Castillo.

Siempre lo hemos conocido como el Castillo, aunque no queda traza del mismo. El tío Nicolás, hermano de mi abuelo, que era bohemio y aventurero, intentó de joven una excavación en busca de un tesoro imaginario. Ahora me he enterado por un trabajo de Eduardo Alfaro de que fue una importante fortaleza celtibérica del siglo III-II antes de Cristo, que dominaba desde sus 1301 metros las tierras altas del río Linares. Por lo visto aquellos celtíberos, de los que procedemos, vivían prácticamente igual que yo de niño.

El paisaje era el mismo: los mismos cerros, los mismos ríos, los mismos barrancos, el mismo tipo de vegetación y bosque... Bosques de roble, algunas hayas en las umbrías, nieve, frío, viento y hielo en el invierno y... lobos acechando el ganado [...] Pasto siempre fresco, terneros, borregos y potros retozando, caza abundante, los frutos del bosque recolectados y, en agosto, la siega, vueltas con el trillo en las eras para, por fin, llenar de grano los «dolia» del sótano y la trasera de la torre... En definitiva, las gentes del viejo castillo celtibérico vivían con la misma holgura y las mismas estrecheces con que se pudo vivir en el pueblo cuando todas sus casas estaban llenas de vida.

Esa es la experiencia de mi niñez. Yo guardo siempre en mi cartera una foto de entonces, en blanco y negro, sacada desde el balcón de la casa, cuando el pueblo estaba vivo y las piezas del Collado en la ladera del Castillo aún conservaban los ribazos, esenciales para el ecosistema, que fueron arrasados por la concentración parcelaria que precedió a la repoblación de pinos y a la gran desbandada. Desde entonces me convencí de que no siempre es progreso lo que parece. Es una foto de escasa calidad, pero a mí me sirve cuando me encuentro solo y perdido en la gran ciudad.

La gente seguía labrando la tierra con yuntas de machos, buecos o caballos, que, uncidos, arrastraban el arado romano de ma-

dera. No había coches, ni motos, ni bicicletas, ni siquiera carros. Nunca tuve una bicicleta mía. Las calles estaban empedradas rudimentariamente; aquí y allá sobresalía el suelo de pizarra, tachonado con los cagajones de las caballerías y las cagarrutas de las ovejas. Los perros andaban siempre sueltos y se apareaban en la calle. En los corrales y espacios abiertos se amontonaba el ciemo y los bardales. Prácticamente nada había cambiado en el pueblo desde que edificaron mi casa, siglos atrás, utilizando seguramente piedras bajadas de la cantera inagotable del castillo derruido.

Las piedras, Sara, como la vida, como las civilizaciones van pasando de una generación a otra. Lo mismo que la energía, todo se transforma, nada desaparece. Todo lo que se ama permanece. Lo dijo bien Ezra Pound:

Lo que quieres de verdad perdura,
el resto es escoria.
Lo que quieres de verdad no te será robado,
lo que quieres de verdad es tu verdadera herencia.

Por eso Sarnago no ha muerto del todo, aunque ni siquiera se conocen bien sus orígenes. El nombre parece vasco-ibérico. Yo aventuro la hipótesis de que originariamente pudo ser «Sernago», entroncando con la serna latina. O sea, lugar de piezas o tierras de sembradura. Antonio Ruiz Vega, siguiendo la pista marcada por Elizabeth Chesley Baity, indica que hubo un «Sarna» que era un bosquecillo sagrado en el país de Oraons —citado por Frazer en su *La rama dorada (The Golden Bough)*— y que Sarnadari es el nombre de la Primavera Sagrada y también el de un soto de donde se trae la leña para el fuego sagrado de Kosti, en Grecia. A este propósito recuerda que tradicionalmente la hoguera de San Pedro Manrique que se pasa con los pies descalzos la noche de San Juan hay que hacerla con troncos de roble bajados de los bosques de Sarnago. Y Plinio, el historiador romano, habla del monte sagrado de los iberos. No sé si se refiere al cerro del Castillo o a la Alcarama,

GLOSARIO

- A CAMPO TRAVÉS. A campo traviesa, atrochando.
- A REO VECINO. A la casa que le toque, por orden y obligatoriamente.
- A TAJO PAREJO. Todo seguido y todos a la vez.
- A TROMPA TALEGA. Comer sin límite.
- ABABOL. Ababolla.
- ABABOLLA. Amapola.
- ACARREAR. Trasladar algo de un lugar a otro. Especialmente, trasladar en caballerías la mies de la pieza a la era.
- ACHANTARSE. Agacharse, pegarse al terreno y, por extensión, rendirse.
- AMASADERÍA. Panadería, horno de cocer el pan.
- ANDOSCA. Oveja o cabra de más de dos años.
- ANTOSTA. Pieza metálica, normalmente de hierro o bronce, colocada bajo la chimenea para proteger la pared del fuego.
- ARBUJUELO. Figura de pan en forma de rama.
- ATROCHAR. Acortar el camino, ir por la trocha o a campo través.
- AULAGA. Ulaga, planta espinosa, con púas, buen combustible, usada mucho como hornija.
- AVIADOR. El que avía la casa.
- AZUMBRE. Medida para líquidos, de poco más de dos litros.
- BÁLAGO. Paja larga de centeno sin grano para hacer vencejos.
- BANCO DE MATAR. Banco ancho y bajo que se utiliza para la matanza del cerdo.
- BARBECHO. Tierra de labor que no se siembra ese año.
- BARRANCA. Barranco grande.
- BARRANQUERA. Vaguada abrupta más grande que el barranco.
- BIZCOBO. Majuelo.
- BIZMA. Emplasto con estopa, clara de huevo e incienso para fijar el hueso o músculo dañado.
- BIZMERA/BIZMERO. Persona que pone bizmas.